

LAS VENTANAS DEL ALMA

ANANDA K. COOMARASWAMY

Lo que sigue trata únicamente del poder de la visión; pero debe comprenderse que todo lo que se dice es aplicable, *mutatis mutandis*, a los demás poderes del alma, o sentidos internos y a sus órganos físicos. En el examen del difunto profesor Bowman sobre la «Persona en el Ojo»¹ hay muchas confusiones². Cita a Max Müller al efecto de que «el sol debe su origen al ojo», y pregunta «si realmente pudo haberse mantenido seriamente que un pequeño órgano del cuerpo humano haya podido crear un objeto de tales proporciones cósmicas como el sol»; seguidamente intenta explicar cómo pudo haberse imaginado esto.

La falta de comprensión es profunda. Es cierto que en *ṛg Veda* X.90.13 encontramos que «el sol nació de (su) visión» (*cakṣoṣ sṛyo ajāyata*), y en *Aitareya* *ṛṇaṇyaka* II.1.7 «por (su) visión fueron emanados el cielo y el sol» (*cakṣuṣ sṛtau dyauṣ cādityaṣ ca*). Pero el poder visual (*vibhṛti*) a que se alude aquí no es en modo alguno el del «pequeño órgano del cuerpo humano»; sino el de la Persona Primordial, Dios mismo, cuyo ojo es el Sol, o cuyos ojos son el Sol y la Luna, *ṛg Veda*, *passim*. Al mismo tiempo, microcósmicamente, el ojo no origina al sol, sino el Sol al ojo. «El Sol³, deviniendo visión, entró en los ojos» (*cādityaṣ ca cakṣur bhutvā akṣiṇṇ praviśat*, *Aitareya* *ṛṇaṇyaka* II.4.2)⁴. «El

¹ A. A. Bowman, *Studies in the Philosophy of Religion*, Londres 1938, I, 250 sigs.

² Por ejemplo, p. 350, la *ṛk* y el *Sāman* en CU. I.7.2 no se refieren, como asume Bowman, al *ṛg Veda* y al *Sama Veda*, sino que son respectivamente las «palabras» y la «música» de las encantaciones; la «música» es solar, las «palabras» son su soporte temporal. Cf. mi *Spiritual Authority and Temporal Power in the Indian Theory of Government*, 1942, p. 51 y nota 40.

La importancia de que la transliteración de las palabras sánscritas sea irregular y a veces incorrecta es menor. Sin embargo, es indeseable que se use el antiguo sistema de Max Müller; pero si se usa, debería comprenderse al menos que la *kh* en la transliteración de las lenguas orientales representa un sonido completamente diferente del de *kh* italizada de Max Müller, que hoy día se italiza como *ch*. Similarmente en otros casos, e.g. la *g* de Bowman por *j*, y la *n* por *ṇ*.

³ Por supuesto, en este contexto, lo que ha de comprenderse no es el sol físico, sino el Sol neumático (de *ṛṇaṇyaka* I.115.1; *Brahma*, *Prāṇa*, etc.), no es el sol «que ven todos los hombres», sino el Sol «a quien no todos conocen con la mente» (*ṛṇaṇyaka* X.8.14), el «Sol del sol» de *Mahābhārata* V.46.3, es decir, Apolo en tanto que se distingue de Helios (Plutarco, *Moralia*, 393D, 400C, D); Helios es lo que Platón llama un «Dios visible», y Apolo es el Sol inmanente, nuestro verdadero Sí mismo (*ātman*), que es expresamente invisible.

En todos estos contextos, el Sol es el «Sol Supernal» de Dante, el «Sol Inteligible» (*ṛṇaṇyaka* de Filón, el «esplendor arquetípico» y la «Deidad Lucífera» que emana innumerables Rayos, que son perceptibles sólo al intelecto, no por los sentidos (*De cher. XXXVIII.97; De ebrietate* XI.44).

⁴ «La luz del cuerpo es el ojo», Mateo 6:22; Lucas 11:34.

Ciertamente, ésta es la teoría tradicional de la visión. Así pues, encontramos en Platón que «de los órganos, ellos (los Dioses instruidos por Zeus) construyeron primero ojos portaluz... así, siempre que la corriente de visión... sale hacia afuera, de lo mismo a lo mismo... (y) el fuego de dentro choca con un objeto obstructivo fuera... sobreviene esa sensación que nosotros llamamos “ver”» (*Timeo* 45B)⁸. Y de la misma manera que *Ka ha Upaniṣad* IV.1 llega a señalar que si nosotros hemos de ver al Veedor, nuestra visión debe volverse en redondo (*avṛtta cakṣus*), así también dice Platón que para aprehender la forma o la idea de lo Bueno nosotros debemos cultivar todos aquellos «estudios que compelen al alma a volver su visión hacia la región donde mora la parte más eudaimónica de la realidad, la cual es imperativo que yo contemple» (*República* 526)⁹. Si alguien está mirando afuera por una ventana, deviene una cuestión de la lógica más simple señalar que para verse a sí mismo, uno debe mirar hacia adentro de la ventana.

⁶ A *kha*, espacio, vacío, abertura, puerta (de los ríos de los sentidos de la percepción), y a *dvāra*, puerta en el mismo sentido ( VIII.12) corresponde el hebreo *bāh* *bāh*, agujero como de una puerta, y «pupila del ojo» (en Zac. 2:8), y el griego  y  como puerta o entrada de los sentidos (Hermes Trismegistos, *Lib.* 1.22, Filostrato 946 etc.). Similarmente, el chino *yen* (Giles 13, 129) es a la vez ojo, y agujero o espacio, que puede abrirse o cerrarse.

⁸ Similarmente en la psicología islámica, cf. R. ʿ@m ʔ, *Mathnaw* ʔ I.1126 (la luz del ojo se deriva de la luz del corazón), y las notas de R. A. Nicholson sobre *Mathnaw* ʔ I.676-7, y II.1285-97. El chino *yen* (Giles 13.219) es ojo, espacio, agujero (cf. nota 6); *kuang* (Giles 6389) es luz, rayo; y *k'ai* (Giles 5794) es abrir (como una puerta, un camino, o un ojo). De aquí *yen kuang*, visión (literalmente ojo-rayo), como *jih kuang*, rayo de sol, luz del sol; *k'ai kuang* (literalmente luz abierta), abrir el ojo. *Po* (Giles 9336) es ola, fluir; de aquí *yen po* (literalmente ojo-corriente), mirada (cf. la «corriente visual» de Platón).

⁹ Cf. *El Banquete* 219, *Filebo* 61E, *República* 518C, 519B, 526E, 532A, 533D. La pretensión de Rawson de oponer el punto de vista platónico al de         (en *The Kaḍha Upaniḍad*, 1924, p. 149) es grotesco. Si «el Reino del Cielo está dentro de vosotros», ¿en dónde más podríamos buscarlo?. La «visión invertida» de         es la *instārende* de Ruysbroeck (*Book of Supreme Truth*, cap. XIV) —«Pero aquellos que vuelven hacia afuera y encuentran consolación en las cosas exteriores, no sienten esto, y aunque yo dijera mucho a su respecto, ellos no comprenderían».

Pero si la habitación está oscura, y la claridad externa es intensa, nosotros no veremos nada sino nuestro propio reflejo en la ventana. Así ocurre cuando miramos a los ojos de otro, y sólo vemos en ellos una pequeña imagen de nosotros mismos, como si fuera en un espejo. Puesto que la imagen material y el espejo óptico son coincidentes, lo mismo se aplica a ambos; y el hecho de que estamos tocando una fórmula muy antigua y muy difundida, será evidente si observamos que la «pupila» (latín *pupilla*, niña) del ojo no sólo es en sánscrito *kan* ◊ *na* o *kan* ◊ *nā*, *kan* ◊ *naka* o *kan* ◊ *nakā* (mujercilla o niña) o *kumāraka* (niño), sino que también es en griego ◀ ◻ ◻ ◻ ◻ (doncella), en hebreo *bath* (hija) e ◻ ◻ ◻ ◻ ◻ ◻ (diminutivo de ◻ ◻ ◻ ◻, hombre), y en chino *t'ung* (Giles 12,308, una combinación de los caracteres para «ojo» y «niño», m. ozf.). El chino tiene también *mou* (Giles 8046) —proverbialmente, el *mou* del ojo es la mejor guía al carácter; no puede engañar. Otras connotaciones de las distintas palabras para «niño» son las de virginidad o pureza, y la de algo «querido», en cuyo sentido decimos «más querido que la niña de mis ojos».

En el simbolismo tradicional la «pupila» del ojo, como imagen refleja, representa lo mejor, lo más alto y lo más inteligible en lo que se ve, y lo mejor, lo más alto y lo más inteligible en el veedor. Encontramos esto en Platón, *Alcibiades* I.132F —«el rostro del que mira a los ojos de otro se muestra en el ojo que tiene frente a él, como si se tratara de un espejo, y nosotros llamamos a este espejo (o reflejo) la “pupila” (◀ ◻ ◻ ◻ ◻), porque es una suerte de imagen (◻ ◻ ◻ ◻ ◻ ◻ ◻ ◻ ◻ ◻ ◻ ◻) del que mira... Así pues, un ojo que mira a otro, y a la parte más perfecta de él, parte con la que ve, se verá a sí mismo... Y si el alma ha de “conocerse a sí misma”, ciertamente debe mirar al alma, y a esa región del alma en particular en la que subsiste la virtud del alma... la sede del conocimiento y del pensamiento, la parte más divina, es decir, la parte que se parece más a Dios; y quienquiera que mira a esto, y que llega a conocer todo lo que es divino, “se conocerá mejor a sí mismo”¹⁰. Similarmente Filón (I.15) —Dios «hizo al hombre, y le otorgó la Mente Superior (◻ ◻ ◻ ◻ ◻ ◻)¹¹, a saber, el Alma del alma, la pupila (◀ ◻ ◻ ◻ ◻) del ojo... el “ojo del ojo”». En otras palabras, «el ojo que, al mirarse en otro ojo, llega al conocimiento de sí mismo y al mismo tiempo al conocimiento de Dios»¹².

¹⁰ Sobre lo que significa «conocerse a sí mismo», cf. mi «The “E” at Delphi», *Review of Religion*, Nov. de 1941.

¹¹ Para las dos mentes, inferior y superior, impura y pura, ver mi «On Being in One's Right Mind», *Review of Religion*, Nov. de 1942. [nº 027 Servicio Difusión].

¹² Hans Leisegang, «Dieu au Miroir de l'Âme et de la Nature». Desafortunadamente, he perdido la referencia a la Revista en que apareció este artículo.

La imagen vista en un espejo (de cualquier material que sea) siempre ha parecido poseer, por así decir, una cierta cualidad de revelación mágica; comparada con el objeto corporal que se refleja, la imagen es relativamente inmaterial e intangible, como la imagen mental por la que el objeto es conocido mentalmente. El acento se pone siempre en la limpieza del espejo; debe estar libre de polvo. Así, por ejemplo, *Paramārthasara* XVI-A, «De la misma manera que los hombres en el mundo contemplan su forma corporal (*rūpam*) en un espejo incontaminado (*śuddha-mala-rahite*), así el Sí mismo se contempla a Sí mismo en el intelecto puro (*visuddha-buddhau*)».

¹⁶ *Komōn pa₁van ramate, ramate que Δa₂kara explica por vi₁ina₂i.*

del eje (*yathā kham*) de una rueda (*Jaiminīya Upaniṣad Brāhmaṇa* I.3.6, 7); es decir, corresponde a la Puerta del Sol, normalmente ocultada por sus rayos, pero visible cuando se retiran éstos, como ocurre en la muerte¹⁷. De la misma manera que uno puede ver a través de la Puerta del Sol adentro del Brahma-loka, así, a través del ojo, uno puede ver a la Persona inmanente, de quien el ojo es la apariencia¹⁸.

Más generalmente, *ākāśa* (o *kha*), en tanto que quintaesencia, es el origen, el lugar y el fin de todos los fenómenos (*Chāndogya Upaniṣad* I.9.1 etc.). Todo este universo era *ākāśa* en el comienzo, y sigue siendo así ahora; *ākāśa* es el Sol, porque cuando sale todo este universo se manifiesta (*ākāśate*); *ākāśa* es Indra, el Sol de siete rayos¹⁹ y la Persona en el ojo (*Jaiminīya Upaniṣad Brāhmaṇa* I.25.1, I.28.2). La raíz, igualmente en *ākāśa* y en *cakṣus*, ojo, es *kṣ*, brillar o ver. Así pues, *ākāśa* es la luz porta-imagen más bien que el espacio físico como tal; es la *prima substantiarum*²⁰. De la misma manera que *ākāśa* se distingue de *vāyu*, el Viento (*Bhagavad Gītā* XII.6 etc.) — “*kāśa*, ciertamente, en tanto que luz, se traduce mejor por «éter» que por «espacio». *ākāśa* es un principio que quema o que brilla, y de la misma manera que puede identificarse con Dios (*Zalmoxis* Fr. 65^a), así *ākāśa*, o su equivalente *kham* («Vacuidad», «plenum»)²¹ se identifica con Brahma (*Bṛhadāraṇyaka Upaniṣad* VI; *Chāndogya Upaniṣad* III.12.7, IV.10.4), y todo lo que está contenido en este éter objetivado está contenido subjetivamente en el éter del corazón, la sede de Brahma (*Chāndogya Upaniṣad* VIII.1.3)²². Así pues, «perdida en el “espacio”» significa «perdida en Dios», en un espacio de luz que no puede ser atravesado, y del que los reinos de la luz objetiva son sólo una proyección; pues Su ojo crea lo que ve, y también lo que «nosotros» vemos por medio de su rayo de luz,

¹⁷ Para la Puerta del Sol ver mi «Svayamānā Janua Coeli» en *Zalmoxis* II, 1939.

¹⁸ Como si fuera «a través del espejo», no en él.

¹⁹ La Persona en el ojo a menudo se identifica con Indra, el Soplo inmanente, en razón de quien a los «Soplos» (los poderes del alma, a saber, la visión, etc.) se les llama *indriya*. En otros contextos (IV.4.3; X.5.29-12) Indra es más específicamente la Persona en el ojo derecho, y su «esposa» Virāj (Vāc), *Indrā* la persona en el ojo izquierdo; su lugar de encuentro está en el espacio del corazón (*hṛdyasya ākāśa*, cf. VIII.3), desde donde, a nuestra muerte, ascienden para pasar a través de la Puerta del Sol.

²⁰ Witelo, *Lib. de intelligentiis*, VI sig.

²¹ Sobre la significación de *kha* ver nota 6, y mi «*Kha* and other Words denoting “Zero”, in Connection with the Metaphysics of Space» en ESOS. VII, 1934.

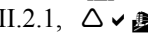
²² Cf. Bruce Codex I, XII, LIV «Él se hizo a sí mismo ser Espacio... Hacia el Espacio exterior el Pleroma horadó la Luz de sus Ojos... Tu voluntad solo devino Espacio para ti, porque no es posible que nada sea Espacio para ti, puesto que de todo, tú eres el Espacio», —como en IX.4, «No Yo en ellos, sino ellos en Mí». Éxodo 24:10. Elohim se traduce por en LXX.

para cuyo rayo «nuestros» ojos son ventanas microcósmicas, de la misma manera que la Puerta del Sol es su ventana, macrocósmica.

No es mirando a estos ojos, sino a través de ellos, como Él puede ser visto; Él, que es el Sí mismo que no ve nada sino a Sí mismo (*Bṛhadāraṇyaka Upaniṣad* IV.3.23), a Sí mismo en todas las cosas, y a todas las cosas en Sí mismo (*Bhagavad Gītā* VI.29); Él, el Sí mismo de quien no puede afirmarse nada (*neti, neti*), y que «jamás deviene alguien». Esta es la distinción entre el Sol a quien «no todos conocen con la mente» y el sol «que ven todos los hombres» (*Atharva Veda Samhitā* X.8.14), la distinción entre Apolo y Helios. El hombre natural es ciego espiritualmente. De aquí que sea una parte necesaria del ritual del renacimiento iniciatorio que los ojos sean ungidos, a fin de que vean con el ojo o los ojos del Sacrificio, del Sol, más bien que con los suyos propios, los cuales recupera sólo cuando, al cierre de la operación sacrificial, él deviene nuevamente «quien él es», a saber, este hombre, fulano²³. «¡Su Ojo por el mío, que magnífica recompensa!» (*Rāmānjan, Mathnaw* I.922). El símbolo participa en su referente.

Por consiguiente, la visión de nosotros mismos que vemos en el ojo de otro es un símbolo del Sí mismo viendo al Sí mismo en el Speculum Aeternum. Toda esta operación no es psicológica, sino metafísica. Su consumación no se formula en ningún sitio más magníficamente que en el *Mantiqu'air*, donde los «Pájaros» que alcanzan su meta, y

«aventurándose desde el Polvo a levantar
Sus Ojos —hasta el Trono— adentro del Fulgor,
Y en el Centro de la Gloria, allí
Contemplaron la Figura de —*Sí mismos*— como si estuvieran
Transfigurados —mirándose a Sí mismos, que contemplaban
la Figura sobre el Trono milagroso,
Hasta que sus Ojos mismos y *Eso* en medio
Dudaban de quien era el *Veedor*, que *Veía*...²⁴
y oía una Voz que decía,
«El Sol de mi Perfección es un Espejo
Donde pasan de *Ver* a *Ser*
Todos aquellos que, al reflejarse se ven a Sí mismos
como reflejados en Mí, y a Mí mismo en ellos...
Quien en su Fracción de Mí mismo me contempla
A Mí mismo dentro del Espejo de Mí mismo
Mora en la visión de Mí mismo...
Venid, oh Átomos perdidos, atraídos a vuestro Centro,

²³  I.2.1, II.2.9.3, II.3.8.1, 2, II.5.8.2, VI.1.1.5, VI.1.5.2; *Kāṇḍh. am.* II.2.1,  I.6.3.38, 41, III.1.2.11, 15;  VII.4.

²⁴ «Porque por esto fue manifestado, hasta que vieron al que ciertamente es invisible» (Bruce Codex, LI); «Ellos vieron ojo a ojo» (Isaías, 52:8) = *śakṣāt aparokṣāt*,  III.4.1, III.5.1.

y *sed* el Espejo Eterno que veáis»²⁵.

En las palabras del Maestro Eckhart, «El ojo con el que yo veo a Dios es el mismo ojo con el que Dios ve en mí: mi ojo y el ojo de Dios, es un único ojo y una única visión, un único conocimiento y un único amor»²⁶.

El Profesor Bowman está en lo cierto al decir que la conclusión final es que el verdadero Sí mismo «no es la persona *vista en* el ojo, sino la persona que *ve con* el ojo». Pero yo no estoy muy seguro de que se dé cuenta de que esta «persona» es el «Veedor invisible... prescindiendo de quien no hay ningún veedor» (*Bṛhadāraṇyaka Upaniṣad* III.7.23) y de quien se dice que cuando el ojo ve, cuando la mente piensa, y así sucesivamente, «Éstos son sólo los nombres de *Sus* actos» (*Bṛhadāraṇyaka Upaniṣad* I.4.7), —no los «nuestros»²⁷ Traducción Pedro Rodea

²⁵ Versión de Edward Fitzgerald, Boston 1899.

²⁶ «Dṛ inne ich got sihe, daz ist daz selbe ouge, dṛ inne mich got siht: mṛn ouge und gotes ouge daz ist ein ouge und ein gesicht und ein bebekennen und ein minnen» (*Meister Eckhart*, Pfeiffer p. 312, Evans 1.240).

²⁷ «Por el único Dios verdadero, yo no encuentro nada tan culpable como suponer que yo comprendo o percibo. ¿Mi mente responsable de su propia actividad?, ¿cómo podría ser eso?» (Filón I.78).

En todo el presente artículo nos hemos esforzado en citar los paralelos de otras fuentes que no fueran la india; puesto que no hay nada más dispositivo a la incomprensión que el hecho de suponer que una doctrina dada, tal como la de la Persona en el ojo, es peculiar a la fuente donde la encontramos primero.